



La Cosecha del Laicismo

Ha dicho Petain en su reciente Mensaje a la nación francesa: "Más débiles que hace 22 años, hoy hemos tenido a nuestro lado menos amigos y menos hijos. Para el comienzo de la actual batalla, Francia tenía quinientos mil hombres menos que los 3.280.000 que tenía para fines de la última guerra mundial, después de cuatro años de lucha sangrienta.... El pueblo francés no niega su derrota. Todos los pueblos conocen las alternativas de victorias y derrotas. En la forma de reaccionar, es donde se delata si son débiles o fuertes. Sacaremos la debida enseñanza de estas batallas perdidas. Desde nuestra victoria de la guerra mundial prevaleció el espíritu de plácet sobre el espíritu de sacrificio...."

El acento sereno pero conmovido de estas palabras del heroico defensor de Verdun, entraña una severa reconvención. Y en sus labios de católico y patriota, en los momentos crueles, en que se resigna dolorosa y virilmente a entregar su espada vencedora, su mensaje reviste la solemnidad de una grandiosa lección de la historia, que Francia y el mundo debe aprender, si no ha perdido radicalmente el sentimiento patriótico y el más elemental instinto de conservación.

"Más débiles que hace veintidos años". ¿Por qué más débiles? Faltaban los amigos; pero faltaban sobre todo jóvenes, faltaron centenares de miles de esforzados soldados franceses. Faltó el espíritu de sacrificio. Faltó el sincero amor a la patria. Faltaron soldados porque Francia no quiso tener hijos. Fueron muchos los años en que los féretros superaron a las cunas. Con dolor pudimos comprobar personalmen-

te en cinco visitas sucesivas en el último decenio, que París, en manifiesto contraste con Madrid y Roma, carecía del encanto incomparable de las bulliciosas tropas infantiles. Había alcanzado proporciones de nacional un crimen, que es agresión a la Ley de la naturaleza, expresión primaria de la voluntad del supremo Hacedor; un crimen que es refinamiento egoísta en el vicio, inequívoca manifestación de decadencia; un crimen que en su único y real sentido es una locura infanticida con agravantes de contagio colectivo, que una sociedad degenerada no sólo no perseguía con su abominación, sino que aplaudía como un avance social. Faltaban hijos y sobraban perros. Cuántas veces nos hemos sentido consternados de asombro ante el espectáculo de aquellas mujeres "último modelo", que después de haber ahogado la vida de los hijos que necesitaba Francia por una preocupación criminal de belleza o de comodidad, consagraban una solicitud histérica, artificiosa y degenerada a sus perros falderos. Era la pincelada caricaturesca de una sociedad en decadencia. Faltaban hijos y sobraban perros. Por eso al comienzo de la actual batalla, Francia tenía quinientos mil hombres menos que los 3.280.000 que tenía para fines de la última guerra mundial, después de cuatro años de lucha sangrienta..."

Faltaba el espíritu de sacrificio. Una ola desenfadada de placer invadió a las naciones victoriosas al cerrarse la guerra mundial. A pesar de las deudas nacionales, la vida en las ciudades francesas era confortable y regalada. Lo era en su grado hasta en las clases proletarias, gracias a una avanzada legislación filo-obrerista. Han sido muchos los escritores franceses que los últimos años escribieron con sincera alarma que se iba perdiendo la clásica cortesía francesa hasta reducirse a un barniz externo, porque fallaba su base más íntima: el espíritu de generosidad, el espíritu de sacrificio, que no puede tener raíces en una alma egoísta sin fe en Dios y en los valores del espíritu. En el largo compás de espera que concedió la atención alemana a la campaña del Norte, fué imposible imprimir un ritmo acelerado a los preparativos bélicos de Francia. Los obreros se negaban a trabajos extraordinarios. Todo el mundo reclamaba derechos, y nadie pensaba en sus deberes. Petain nos dice dolorosamente: "Desde nuestra victoria de la guerra mundial, prevaleció el espíritu de placer sobre el espíritu de sacrificio..."

Faltaba también el sincero amor a la patria, Doctrinas deletéreas en el orden social y moral - materialismo -, doctrinas internacionalistas esterilizadoras del noble sentimiento de patria —socialismo, comunismo — envenenaron las masas francesas.... Al derrumbarse el frente aliado en Bélgica y Luxemburgo, Francia vió con espanto hijos traidores que se sumaban a su histórico adversario. No volaron los puentes; faltaban ametralladoras; masas de soldados hubieron de ser fusilados porque se negaban a marchar al frente.

Faltaban hijos.

Faltaba espíritu de sacrificio.

Fallaba también el sincero amor a la patria.

Es decir: faltaba en las almas la fe, y se cosechaba el fruto de tres cuartos de siglo de laicismo.